

RESEÑA

Bénédicte Vauthier y Jimena Gamba Corradine, eds., *Crítica genética y edición de manuscritos hispánicos contemporáneos. Aportaciones a una «poética de transición entre estados»*, Ediciones de la Universidad de Salamanca, Salamanca, 2012, 310 pp. ISBN: 978-84-9012-073-6.

JERÓNIMO PIZARRO (Universidad de Los Andes)

DOI: <<http://dx.doi.org/10.5565/rev/anuariolopevega.103>>

Ediciones Universidad de Salamanca editó en mayo de 2012, en la serie «Estudios Filológicos», un volumen titulado *Crítica genética y edición de manuscritos hispánicos contemporáneos*, fruto de dos encuentros académicos: el «II Congreso Internacional de Manuscritos Literarios» (2009), coorganizado por Pedro M. Cátedra y Bénédicte Vauthier, en San Millán de la Cogolla, y las jornadas de estudio «Édition critique, génétique et numérique des manuscrits du Moyen Âge à nos jours (Romania)» (2011), organizado por Vauthier, en Tours.

Este volumen, bella y rigurosamente armado, sintetiza bien el objetivo principal del seminario «Manuscrits hispaniques XIX-XX» que dirige Vauthier en el Institut des Textes et Manuscrits Modernes (ITEM) de París: aproximar la crítica genética francesa, a la que ella se afilia, a la crítica textual española, de la cual proviene Jimena Gamba Corradine, coeditora de la publicación salmantina, y ambas formas de crítica a la filología de autor italiana representada, entre otros, por Paolo Tanganelli, uno de los diecisiete colaboradores del volumen. El diálogo que propone Vauthier —una vez que es ella quien firma el texto preliminar— es, por lo tanto, entre un país, Francia, de escasa tradición filológica (el único donde habría podido surgir la crítica genética, según Almuth Grésillon, p. 36), y otros como Italia, Alemania, Bélgica, España y Portugal, donde la filología trata todavía de tender un puente entre los estudios sobre los textos antiguos y los modernos. Significativamente, el diálogo propuesto, a pesar de plural, prácticamente no incluye a la crítica textual anglo-americana, que suele ser la gran ausente en algunos encuentros académicos europeos.

El volumen de Vauthier y Gamba se abre —tras unas «reflexiones poéticas de Guillermo Carnero» (p. 19)— con un texto en francés de Grésillon, quien vuelve a utilizar, treinta años después (1979-2009), el título de un ensayo histórico de Louis Hay: «La critique génétique: origines et perspectives». En este nuevo balance —seguido por los artículos de quienes han estado más próximos de la crítica genética en Hispanoamérica—, Grésillon reitera una afirmación de su libro, hoy clásico, de 1994, *Éléments de critique génétique — Lire les manuscrits modernes*: «Les œuvres pour lesquelles n'existe pas aucune trace de leur élaboration échappent nécessairement à l'investigation génétique» (p. 37). La existencia de huellas, de trazos de una obra, sería, así, una condición *sine qua non* de la investigación genética. Esto explica, en parte, el olvido de los manuscritos antiguos —aunque Gamba es medievalista— y un diálogo más frecuente con la crítica textual española moderna que con la tradicional. Es importante señalar estos límites o delimitaciones, porque ellos ayudan a comprender un tipo de crítica, la genética, que no siempre se ocupa de asuntos editoriales, de índole filológica, ni de cuestiones teóricas, características del campo literario.

Uno de los riesgos de escribir la reseña de un libro colectivo es que, al leerla, cada autor buscará su nombre posteriormente para saber lo que se escribió a su respecto. Sin embargo, en esta reseña comentaré menos cada artículo en una secuencia casi ritual y *encantatória* que aquellas ideas convergentes o divergentes que atraviesan el volumen franco-español, el cual sirve de palco a un diferendo académico, entre quienes, como Javier Lluch Prats, procuran un acercamiento de la filología hispánica a la crítica genética francesa, y quienes, como Paolo Tanganelli, están en otra orilla, y reconocen, por ejemplo, que no han «conseguido liberar[se] de la llamada ilusión del finalismo» (p. 73), es decir, de la ilusión de las intenciones finales del autor, que acecha a todo editor que pretenda establecer un texto final y evitar una apabullante cantidad de bifurcaciones y cabos sueltos. En suma: hay un debate teórico y metodológico que este volumen renueva y suscita, y tal vez uno de los motivos para leerlo de principio a fin sea nuestra participación individual, como lectores, en esa discusión.

En el texto elegido para abrir el volumen, Grésillon declara lo siguiente: «Il me semble aujourd'hui, malgré nos attitudes de rejet des années 1980-1990, que la critique génétique a absolument besoin de la philologie comme principe descriptif. Pour le généticien, la philologie est un outil indispensable» (p. 37). Confieso, por mi

parte, o «contra-confieso», que esta declaración valerosa me parece a la vez el principio y el fin de un diálogo. El principio, pues propone superar una actitud de rechazo inicial, muy típica de la vanguardia, de lo que se declara nuevo o avanzado, y de los vanguardistas, de aquellos que se abstienen de mirar hacia atrás (y los genetistas pasaron por alguna amnesia). Pero también el fin, porque la «vieja» filología queda instrumentalizada, convertida en una herramienta de una nueva disciplina «joven», como si la filología, o mejor, las disciplinas filológicas, solo nos dotaran de manuales y no fueran ellas mismas, en lo fundamental, una serie de ramos del saber (paleografía, codicología, bibliografía material, etc.) que se preocupan por estudiar y analizar la producción material y la existencia histórica de los textos escritos. En el fondo, toda ciencia de naturaleza histórica que se preocupe por la búsqueda y la crítica de fuentes tiene un alma filológica, así se llame crítica textual, ecdótica, variantística, textología, manuscriptología o crítica genética. Simplemente, cada una de estas nuevas «entidades» define una serie de principios y objetivos relativamente propios, y digo relativamente, porque a veces esa serie de principios y objetivos son comunes a varias de ellas y no propiamente diferenciadores.

A este respecto, es interesante comprobar que Élide Lois dedica su artículo —el tercero del volumen— a los «estudios filológico-genéticos realizados en la Argentina» (p. 45), sin separar los dos términos, pues históricamente no es viable. Al fin y al cabo, la filología todavía vertebraba muchas unidades académicas dentro y fuera de la Argentina, y su espíritu no ha dejado de animar a muchos filósofos, literatos, lingüistas e historiadores, que no olvidan que la filología es, menos que una técnica, una manifestación de amor o de gusto por la palabra que permite estudiar una cultura a través de sus textos escritos. Además, si pensamos en Hispanoamérica, como lo hace Lois, se impone reconocer que la profesionalización de los escritores es tardía —lo que hace tardía la existencia de ciertos archivos individuales—, que los repositorios públicos son casi inexistentes —lo que dificulta la expansión de la crítica genética, supeditada, en demasía, a la investigación de materiales autógrafos— y que no hay ningún motivo para olvidar los textos de la colonia y otros más antiguos. El ideal de muchos genetistas de acercarse a la mente creadora contemporánea los ha llevado a establecer interesantes colaboraciones con otros teóricos —provenientes de escuelas psicoanalistas y cognotivistas, por ejemplo—, pero esas colaboraciones no despejan una duda doble: ¿no es la creación, precisamente, el gran misterio?, ¿y no es el génesis (o la génesis) una ficción?

La crítica genética propone —y esto me parece acertado— leer los bosquejos y borradores de una obra en un sentido no teleológico, es decir, no como piezas que llevan a un texto final, sino como «ante-textos» con un valor propio, pero, por ello mismo, tiende a olvidar la práctica de editar ciertas obras, pues preparar una edición implica tener un fin, una finalidad en mente: la edición de una obra y no de todo el archivo de esa obra. Naturalmente, hay quien edita todo el archivo de una obra (fichas, notas sueltas, copia manuscrita, copias dactilografiadas, pruebas tipográficas, etc.), pero esta es una opción poco común y poco rentable fuera del milagro que operó la reciente era digital. Las ediciones de la «Colección Archivos» a las que se refieren Élide Lois y Fernando Colla, por ejemplo, siguen siendo ediciones en papel (y en papel más pobre desde 2008) que no han dado el salto a lo digital, sistema que proporciona nuevas posibilidades de transcripción, reduce la necesidad de volver a linear el «desorden fecundo» de la escritura —palabras de Valéry citadas por Grésillon (p. 37)—, y no lleva a fundir en un solo texto diversos testimonios textuales, tras su cotejo. Solo el texto de Colla y los dos capítulos finales del volumen, los de Jean-Louis Lebrave y Jesús Rodríguez Velasco, se ocupan del paso a lo digital, transformación que permite suprimir el papel y explorar nuevas alternativas tecnológicas e interactivas. Pero ni Colla, quien presenta los Archivos Virtuales Latinoamericanos (<http://www2.mshs.univ-poitiers.fr/crla/>), ni Lebrave, quien discute acepciones de «genética electrónica», ni Rodríguez, quien analiza la «alfabetización electrónica», parecen imaginar unas humanidades puramente digitales, ni unas ediciones electrónicas ajenas a problemas ecdóticos (aunque surjan otros nuevos), ni un universo multimedia desprovisto de la producción de textos. Y mientras existan textos y culturas textuales siempre tendrá cabida la crítica de esos textos y esas culturas, ya sea esta de índole filológica, genética o de otro tipo.

Si un texto de Almuth Grésillon, directora del Institut des Textes et Manuscrits Modernes de 1986 a 1994, abre la sección subtitulada «Orígenes, recepciones y arraigo», otro de Louis Hay, fundador y director del ITEM hasta 1985, encabeza la sección más larga del libro, subtitulada «De la edición crítica a la edición genética». En este texto, Hay describe la edición contemporánea como una hija rebelde de la filología clásica —«une fille [...] qui a fini par suivre sa voie propre» (p. 147)— y a la crítica genética como «une nouvelle philologie des manuscrits modernes» (p. 151), aunque muy pronto esa nueva filología o filología genética quiebra uno de sus lazos de paternidad, pues Hay no tarda en abandonar la palabra «filología» y en retener tan

solo el vocablo «genética». Lo que resulta notable en un libro de 2012, publicado en Salamanca, es que la génesis de la crítica genética sea narrada dos veces en el mismo volumen: primero por Grésillon, lectora y discípula de Hay, que explica que la crítica genética nació en los años 1960-1970 en Francia; después por el propio Hay, quien establece una genealogía que va de Friedrich Beissner a Giuseppe Bonaccorso y Dietrich Sattler, pasando por Hans Zeller, para sugerir que las ediciones críticas en papel no logran contener toda la génesis de una obra ni representar todos los senderos de la escritura, y que estos objetivos tal vez los alcance la edición electrónica. No sobra observar que Grésillon y Hay nunca se plantearon realmente una edición mixta, crítico-genética, porque tendieron a idealizar ediciones más genéticas que críticas, menos de un texto que de un conjunto de materiales preparatorios. Otra es la posición de Javier Lluch Prats, por ejemplo, quien defiende en su intervención las ediciones crítico-genéticas, debido a que este tipo de edición «recoge especialmente las aportaciones de la crítica genética, pero también los avances propios de la tradición filológica de distintos países» (p. 108). El artículo de Lluch Prats se puede leer como un intento por tender puentes entre la crítica textual y la genética, que no siempre crean vasos comunicantes entre sus investigaciones.

Más allá de esta tensión que recorre el volumen de Vauthier y Gamba, se encuentran importantes contribuciones de estudiosos de las obras de Carmen Conde, Ramón del Valle-Inclán, Federico García Lorca, Pedro Salinas y Miguel Hernández, que, sin entrar en disputas teóricas, hacen un aporte en su campo específico y revelan materiales o aspectos desconocidos de los archivos que trabajan. Así, por ejemplo, Javier Francisco Díez de Revenga, procurando contribuir a «la reflexión y estudio sobre la custodia, archivo, conservación y difusión de los manuscritos modernos» (p. 129), presenta el completísimo fondo documental de la escritora Carmen Conde, que incluye su biblioteca particular y una vasta y fascinante correspondencia. Así, también, Margarita Santos Zas presenta el archivo de Valle-Inclán, «cuya existencia era desconocida hasta el 28 de febrero de 2008» (p. 159), cuando se hizo público. Obsérvese que en este caso no era una parte o un aspecto del archivo que no se conocía, sino todo el legado en su totalidad. Y así, en artículos muy interesantes, María Francisca Vilches de Frutos analiza el teatro español del siglo xx y dos obras de García Lorca; Monserrat Escartín Gual, los papeles de Pedro Salinas; y José Carlos Rovira Soler, el archivo de Miguel Hernández. A estos habría que sumar textos teórico-críticos, como los de Paolo Tanganelli sobre los borradores de Miguel

de Unamuno y el de Bénédicte Vauthier sobre una novela de Juan Goytisolo. Por último, hay que referir dos artículos que existen de forma más aislada en el volumen: el de Renzo Cremante, escrito en italiano, sobre la historia del Fondo Manoscritti di autori moderni e contemporanei dell'Università di Pavia; y el de Irène Fenoglio dedicado a los manuscritos literarios de un escritor francés vivo, Pascal Quignard, y a los manuscritos científicos del lingüista y semiólogo francés, nacido en Alepo, Émile Benveniste.

El rumbo que le di a esta reseña me ha obligado a adentrarme menos en algunos capítulos individuales que llamaron fuertemente mi atención —como aquellos dedicados a los sorprendentes archivos de Conde y Valle-Inclán, por ejemplo— que a ocuparme de otros que desembocan, en alguna medida, en el estudio de Bénédicte Vauthier, organizadora de los encuentros que hicieron posible el libro salmantino, y quien, desde hace años, busca acercar dos tipos de crítica (textual y genética), aunque ella tienda a encontrar sus fundamentos teóricos en los trabajos de los genetistas franceses. En la introducción a su estudio sobre la novela *Paisajes después de la batalla*, de Goytisolo, uno de los más complejos y profundos del volumen, Vauthier escribe lo siguiente: «Muy recientemente, Jean-Louis Lebrave, seguido por Jean-Michel Adam, ha franqueado un paso decisivo hacia una genuina complementariedad de los enfoques [textual y genético] que, en realidad, no se distinguen por esencia. Lebrave ha propuesto que se considere la crítica genética como “poétique des transitions entre états” [este es, justamente, el subtítulo del libro organizado por Vauthier y Gamba], lo que implica que se pueda “réconcilier la philologie et la génétique et unifier le panorama de la variation textuelle”. En esa misma perspectiva, Adam divisa un lugar para la “génétique textuelle” junto a la “génétique des manuscrits”. Se supera así la “originalité absolue du matériau génétique”, la engañosa “immobilité apparente des objets scripturaux textuellement stabilisés” —denunciadas por ambos críticos— y se pone en entredicho la presunta “rupture épistémologique entre texte et genèse”» (p. 237). ¿En qué medida el volumen *Crítica genética y edición de manuscritos hispánicos contemporáneos* (2012) ha puesto en tela de juicio la supuesta brecha epistemológica entre texto y génesis y ha contribuido a reducirla? Estas son preguntas que cada lector podrá plantearse y responder individualmente. A mi modo de ver, ese libro es uno de los intentos más serios por «divisar un lugar» para la filología al lado de la genética, o para la genética al lado de la filología (pues también se puede pensar al contrario).

Lo cierto es que hoy conviene evitar los rechazos y las resistencias, y que todas las disciplinas que se ocupan de la teoría y la práctica de la edición (o simplemente, del estudio de los manuscritos modernos) deberían dialogar entre sí, ya sea para hacer propuestas diferentes en el campo de las humanidades digitales, ya sea para renovar las ediciones más tradicionales en papel, ya sea para transformar nuestra visión de algunos conceptos (obra, autor, original, etc.), especialmente en una era tendencialmente colaborativa, o de «co-laboratorio» (p. 298), como acentúa José Rodríguez Velasco. Este tema —el de las relaciones entre crítica genética, genética textual, lingüística y teorías de la literatura— y otros abordados en *Crítica genética y edición de manuscritos hispánicos contemporáneos* —como los métodos de custodia, difusión y estudio de los manuscritos literarios contemporáneos— justifican la lectura del volumen preparado por Vauthier y Gamba, quienes desde el principio quisieron reunir a profesores formados en al menos tres tradiciones críticas —aquellas representadas por las tres lenguas de los textos compilados, la crítica genética, la filología y la variantística— y ponerlos a dialogar. Ojalá cada lector entre en este diálogo y lo continúe.